



Comentario bibliográfico

Andrés Gattinoni, *El mal moderno. La melancolía en Gran Bretaña, 1660-1750* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 2024).

Agustín Méndez

Universidad de Buenos Aires/CONICET

mendezagustin@live.com.ar

Fecha de recepción: 03/09/2024

Fecha de aprobación: 10/09/2024

Desde hace más de una década, el historiador argentino Andrés Gattinoni se ha dedicado al estudio de la melancolía en Gran Bretaña durante el último siglo y medio de la modernidad temprana. *El mal moderno. La melancolía en Gran Bretaña, 1660-1750* es el resultado final de su investigación de doctorado, la condensación de las líneas de análisis desarrolladas en numerosos artículos publicados en revistas científicas durante esa labor y, en cierto modo, el cierre de la primera etapa de su carrera profesional. Se trata, además, de una de las más recientes incorporaciones de la siempre estimulante serie *Historia Antigua-Moderna*, dirigida por José Emilio Burucúa para la colección *Ideas en Debate* de la editorial Miño y Dávila.

El autor es profesor y doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires y magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural por la Universidad Nacional de San Martín. Ha sido becario doctoral y actualmente es becario posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científica y Técnicas (CONICET), en ambas ocasiones bajo la dirección de Nicolás Kwiatkowski y con asiento en la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (EIDAES) dependiente de la mencionada UNSAM, institución de la que también es docente en la Licenciatura en Historia.

El mal moderno es un estudio de carácter histórico sobre la melancolía en una cronología y una geografía claramente delimitadas: el largo siglo XVIII británico. Una de las primeras virtudes del texto es no ofrecerle al lector una definición puntual, acabada o unívoca de la melancolía en aquellas latitudes. Por el contrario, del análisis del autor se desprende que aquello sería inadecuado; su propuesta parte de recuperar el carácter polisémico y polémico de aquella enfermedad entre 1660 y 1750. La falta de consensos estables en su descripción, caracterización o usos retóricos permiten problematizarla históricamente. De hecho, es uno de los argumentos centrales de la investigación que a lo largo de ese lapso temporal se produjo una crisis en el vocabulario asociado al concepto de melancolía y, consecuentemente, el nacimiento y el desarrollo de una red de significantes y significados nuevos que se desprendía de ella. Así, términos como *spleen*, *vapours* o *hypochondria*, entre otros, integraban un mismo campo semántico melancólico, pero con significaciones, etiologías y usos particulares. No obstante, Gattinoni no propone un ensayo de historia conceptual. Como él mismo plantea, su unidad de análisis no es la palabra o el concepto, sino el objeto discursivo de la melancolía, los usos y apropiaciones que los británicos hicieron de aquel en un contexto específico y con fines que también lo fueron (p. 33). La tradición historiográfica desde la que se aborda esa tarea es la de la historia cultural.

A partir de ese andamiaje, se ofrece un análisis a la vez diacrónico y sincrónico: lo primero en relación con los distintos estratos de significado de la melancolía, lo segundo para reparar en sus usos de manera contextualizada (p. 49). Esto último cobra más sentido debido a que el objeto de análisis del trabajo en cuestión no es únicamente la melancolía, sino su relación con la modernidad, aquello que los británicos del período 1660-1750 progresivamente identificaron como un tiempo que se distinguía de los precedentes (p. 38). Más precisamente, la investigación de Gattinoni propone que la consideración de la melancolía como “mal inglés” responde al modo en que los

británicos del largo siglo XVIII vincularon a esa enfermedad con la idea de modernidad y ciertas características sociales e históricas que diferenciaban a Inglaterra de otros países europeos (pp. 23, 105 y 401). Los cinco capítulos que componen el libro, de un modo u otro, están dedicados a desarrollar y explicar esta cuestión nodal.

El primero de ellos le brinda al lector un panorama acerca de los diversos sentidos sobre el concepto de melancolía que estuvieron disponibles, y que fueron campo de disputa, en Gran Bretaña desde el último cuarto del siglo XVI y durante los ciento cincuenta años posteriores, marcando así particularidades entre interpretaciones clásicas sobre el tema y aquellas que surgieron con carácter novedoso a lo largo de ese recorte temporal. Esta sección identifica, por un lado, una concepción positiva de la melancolía que la vincula con el genio creativo, el talento artístico o la brillantez intelectual y cuyo origen puede rastrearse hasta la península itálica en el siglo XV, donde fueron de especial importancia los escritos de Marsilio Ficino (1433-1499) en los que recuperaba ideas de Aristóteles y Platón sobre la materia. A partir de 1580, los textos del humanista italiano ejercieron una fuerte influencia en Inglaterra que, combinada con la experiencia de viajeros locales que visitaban Italia y luego retornaban a la isla, colaboraron en multiplicar las menciones a la melancolía en publicaciones tan diversas como tratados de medicina, textos teológicos, obras de teatro, poemas o canciones populares. En paralelo a la interpretación optimista existió una opuesta derivada de la teoría humoral hipocrático-galénica y de la tradición médica medieval. De acuerdo con esta, la abundancia de bilis negra en el cuerpo humano provocaba un estado patológico de tristeza y miedo acompañado de otros síntomas como trastornos digestivos o la alteración de la imaginación y el raciocinio. No obstante esta contraposición, el autor señala que es inadecuado sostener un análisis binario que plantee la existencia de dos tradiciones interpretativas cristalizadas y absolutamente dicotómicas, cuando lo que ocurrió, en todo caso, fue una superposición de estratos de sentido que en contextos diversos dio lugar a una “tensión solidaria” entre ambas antes que a una inevitable exclusión mutua (pp. 58 y 63).

Durante el siglo XVII, atravesado por profundos conflictos religiosos y políticos, la ambivalencia valorativa y la inestabilidad semántica de la melancolía se expresaron en discursos médicos, teológicos, literarios y filosóficos. Con el objetivo de evidenciar su carácter de escenario de disputas, así como también su capacidad como arma retórica, el autor analiza estos discursos a

partir de textos de autores como los médicos y ministros religiosos Robert Burton (1577-1640) y Timothy Bright (1551-1615), el erudito Méric Casaubon (1599-1671), el filósofo Henry More (1614-1687) o el pastor y teólogo William Perkins (1558-1602). Gattinoni expone primero los modos en los que se debatió el significado de la condición melancólica, las formas en que debía tratarse y las implicancias morales y espirituales de cada una de esas alternativas. Luego, demuestra las distintas maneras en que la melancolía fue utilizada como arma retórica: podía ser fuente de prestigio o evidencia de inmoralidad; de tener un lugar privilegiado en el cosmos o de haber sido inspirado por el demonio; de ser una persona prestigiosa o un farsante; de haber sido escogido para la salvación o de encontrarse entre los réprobos. Finalmente, señala que la crisis del concepto de melancolía a partir de 1660 —luego de dos décadas marcadas por la guerra civil, el regicidio y el experimento del protectorado cromwelliano, a lo que deben sumarse también las transformaciones en las teorías médicas y el surgimiento de nuevos espacios de sociabilidad política— dio paso a nuevos términos (*vapours, hysteric, nervous disorders, hypochondria* y, especialmente, *spleen*) que no sólo colaboraron en brindar mayor especificidad médica, sino en la construcción de la idea de que estos trastornos eran autóctonos y que delineaban la existencia de un “mal inglés”.

Aquello que en el primer capítulo se esboza de manera general, en los tres siguientes se aborda con mayor grado de especificidad. El segundo capítulo se enfoca en la filosofía moral con la intención de trabajar el vínculo entre melancolía, modernidad y el control de las emociones. El marco en el que el autor inscribe esta cuestión es el de la Batalla de los Libros, el nombre que tuvo en Inglaterra la disputa filosófica-literaria iniciada en 1690 que constituyó el eco vernáculo de la Querrela entre los Antiguos y los Modernos iniciada en Francia un trienio antes. A partir de un contraste entre las ideas del político y ensayista William Temple (1628-1699) y las del crítico teatral y teólogo Jeremy Collier (1650-1726), el autor aborda el modo en que la élite intelectual británica procesó los profundos cambios ocurridos en la isla en las últimas décadas y cómo éstos se expresaron en la fractura entre los apologetas de la cultura clásica y quienes defendían el avance del conocimiento moderno. Si bien ambos autores diferían en cuestiones asociadas a la religión, la filosofía e incluso el modo en que concebían la Antigüedad, coincidían en diagnosticar la epidemia de *spleen* en Inglaterra como consecuencia de la degradación moral propia sus tiempos: Temple la veía en el lujo de las ciudades modernas, los placeres refinados y el entusiasmo

religioso (p. 136 y 147), mientras que Collier la hallaba en el carácter licencioso e indecente del teatro contemporáneo, pero también en la vanidad y la debilidad del espíritu (p. 154 y 158). Las soluciones para la condición esplenética, síntoma de aquellos vicios presentes, no era moderna para ninguno de los dos autores, sino que se encontraba en los principios morales de los Antiguos, especialmente los asociados al control, gobierno y moderación de las pasiones. De este modo, una alimentación balanceada, el buen juicio y consejo de amigos virtuosos (para Temple) o la razón, la fe en su proporción justa y el estoicismo (para Collier), eran a la vez un remedio para el *spleen* del cuerpo físico y para las desviaciones de la modernidad en el cuerpo social (p. 167).

En el tercer capítulo la atención del autor se orienta hacia los discursos médicos, específicamente a considerar la crisis de las explicaciones humorales de la melancolía y la situación social de quienes ejercían la medicina. En relación con lo primero, el período 1660-1750 marcó el abandono de las interpretaciones hipocrático-galénicas y su reemplazo por la hipótesis de que se trataba de un trastorno nervioso pasible de ser explicado en términos físicos y químicos. Aunque ninguna de estas lecturas logró constituirse como hegemónica, el cambio teórico apuntaló el desarrollo de un vocabulario técnico más preciso —que más arriba se ha mencionado— y el surgimiento de galenos especializados en la salud mental, un precedente para la constitución del campo de la psiquiatría (pp. 172-173 y 235). Sobre la cuestión de la situación social de quienes ejercían la medicina, Gattinoni señala que este mismo período constituyó una etapa crítica en la construcción del monopolio de los médicos profesionales sobre el campo de la medicina, proceso no exento de desafíos, cuestionamientos y tensiones por parte de otros especialistas de la salud que resistían ese avance sobre el saber y la práctica de curar (p. 186).

Nuevamente, estas cuestiones se abordan desde los escritos de un par de autores, en este caso, los doctores William Stukeley (1687-1765) y Richard Blackmore (1654-1729), quienes también intervinieron, aunque de distinto modo a Temple y Collier, en las disputas entre Antiguos y Modernos. El autor plantea que, a partir de sus interpretaciones innovadoras sobre la melancolía o la función del bazo, ambos galenos discutían y comparaban los conocimientos y saberes de sus colegas antiguos y modernos. Lo que esta sección del libro brinda es la oportunidad de contrastar dos formas distintas de ser moderno y de utilizar la tradición clásica en la Gran Bretaña de comienzos del XVIII. Mientras que Stukeley ponderaba a sus antepasados clásicos en la

profesión como poseedores de una sabiduría que era necesario reponer, Blackmore los entendía como recopiladores de hechos que podían servir como insumo para estudios modernos. De esta manera, Gattinoni logra complejizar las caracterizaciones tradicionales sobre la querrela en su versión médica, en ocasiones limitada a ser entendida como un enfrentamiento entre quienes privilegiaban la herencia de la filosofía natural y aquellos que confiaban exclusivamente en la experiencia práctica y clínica. Las diferencias que identifica entre los modernos Stukeley y Blackmore permiten reconocer la existencia de matices dentro de aquellas filas y enriquecer así la comprensión del proceso.

El cuarto capítulo deja atrás la medicina para pensar la relación entre modernidad, protestantismo, secularización y melancolía. Con la intención de analizar la construcción de un sufrimiento ortodoxo en Gran Bretaña, en esta porción del libro el autor revisita críticamente uno de los postulados más influyentes de la teoría sociológica de Max Weber a lo largo del siglo XX y luego profundizada por académicos posteriores: la asociación de la piedad protestante en general, y calvinista en particular, con efectos psicológicos y emocionales perniciosos (angustia, desesperación, obsesión persecutoria) que resultaban del proceso de “desencantamiento del mundo” y el consecuente surgimiento de una interpretación de la existencia humana racional, secular y moderna en la que los sentidos ordenadores de antaño habían sido desplazados. Incorporándose a las tendencias revisionistas que desde hace décadas comenzaron a cuestionar esos presupuestos, Gattinoni aporta aquí un análisis acerca de la diversidad de opiniones sobre la melancolía al interior de la Iglesia de Inglaterra luego de la Restauración y lo hace inscribiendo a los discursos sobre aquella enfermedad en la configuración de la imagen de esta institución como una vía media entre distintos extremos: calvinismo y catolicismo; entusiasmo y tibieza espiritual; superstición y ateísmo (p. 257).

En este caso son las obras del arzobispo de York John Sharp (1645-1714), el clérigo Robert Blakeway (1689-1736) y el teólogo natural Samuel Clarke (1675-1729) las que sirven como fuente para demostrar que luego de 1660 existió un interés en eclesiásticos y teóricos anglicanos por delimitar una noción de sufrimiento ortodoxo, una cura teológica para la melancolía religiosa, entendida como el justo medio entre otros dos extremos que los inquietaban: la escrupulosidad asociada al entusiasmo religioso desmedido y la indiferencia propia del ateísmo. En la segunda

parte del capítulo se incluye una consideración a los manuales devocionales de los ministros Jeremy Taylor (1613-1667) y William Law (1686-1761), ejemplos de un tipo de literatura que en este período se consolidó como alternativa práctica a la religión especulativa y experiencial de las décadas revolucionarias. En ellos, el autor identifica la conformación de un vocabulario específico para dar cuenta de la existencia de un sufrimiento legítimo del que la melancolía no formaba parte por carecer ya de un valor espiritual determinado y debido a que era entendida como lo opuesto a la felicidad trascendente inherente al sufrimiento ortodoxo (p. 310). Aquella enfermedad mantenía así su carácter polémico al ser planteada por los autores escogidos no como un subproducto de la religión, sino como un efecto de la vida secular y libertina de los modernos (p. 315).

El quinto y último capítulo recurre a un conjunto heterogéneo de documentos (tratados médicos, teológicos, filosóficos, obras literarias, panfletos políticos) para estudiar la relación entre dos cuestiones que en un primer razonamiento cualquier lector podría creer que no tienen ninguna entre sí: la melancolía y la risa. En este caso, más que el género de las fuentes, lo que resulta de interés es la cantidad y variedad de textos e imágenes cómicos sobre la melancolía que invitan a verlos como un modo específico de construcción de conocimiento y representaciones acerca de esa enfermedad y su vínculo con lo moderno (p. 326). Los ejes de análisis ofrecidos son tres: la risa de Demócrito, la risa de la razón y la risa como cura. Al exceder los bordes temporales del largo siglo XVIII que delimitan al resto del libro, esta sección permite identificar la progresiva configuración de la risa y la melancolía como elementos peculiares del ser inglés. A partir de 1660 las consideraciones sobre ambos temas se entroncan con la discusión en torno a la modernidad. El autor muestra que la comicidad y la condición melancólica se vuelven para los británicos constitutivas de su identidad luego de la Restauración porque las transformaciones del período marcaron una distinción respecto de sus manifestaciones previas en la isla, así como también de las que existieron y existían en el extranjero. Tanto la risa asociada a la sátira mordaz (como la leía Thomas Hobbes) como al buen humor *polite* (al modo del III Conde de Shaftesbury) revelaban un perfil eminentemente moderno, diferente del humor descrito por Mijail Bajtin para los siglos previos y que para el XVIII era considerado por las élites como desagradable o grosero (p. 385). En cuanto a sus cualidades terapéuticas, el humor sobre la melancolía no dejaba de ser un modo de conocer

sus efectos y características. El autor enseña que obras como las de Jonathan Swift, entre otras, eran medios para satirizar y polemizar. En este sentido, la ridiculización del entusiasmo y el *spleen*, por caso, eran un modo de cuestionar la valoración positiva de la melancolía y destacar sus efectos antisociales (p. 387).

Para finalizar, quisiera ocuparme brevemente de tres secciones del libro hasta aquí no consideradas. En primer término, retrotraemos al lector al comienzo del libro, al prólogo escrito por el británico Angus Gowland, uno de los máximos referentes a nivel mundial en los estudios históricos de la melancolía, que es en sí misma una reseña de *El mal moderno*, pero también un elogioso imprimátur historiográfico difícil de soslayar. Luego, el epílogo. Si más arriba referimos que la investigación hizo de los discursos sobre la melancolía su objeto de estudio, en esta sección el autor reflexiona sobre los límites y los desafíos de la traducción, tanto de las palabras que se utilizan para hacer inteligible una emoción, como de las emociones mismas o las experiencias emocionales en diferentes culturas y tiempos. Esto último, sin dudas, constituye uno de los retos principales que se enfrentan los historiadores que se dedican a la historia de las emociones. Gattinoni, que se valió también de esa caja de herramientas para la realización de este trabajo, logra resolverlo más que satisfactoriamente. Finalmente, el texto cierra con un glosario crítico que recopila una serie de términos y conceptos mencionados recurrentemente a lo largo de sus páginas y que aporta etimologías y traducciones al castellano para terminar de clarificar sus usos y significados durante el largo siglo XVIII británico.

Los capítulos y las otras secciones mencionadas se conjugan para dar forma a una investigación detallada y exhaustiva; las más de cincuenta páginas de bibliografía, entre fuentes primarias y secundarias, entre clásicos y artículos recientes, dan testimonio de ello. En *El mal moderno. La melancolía en Gran Bretaña, 1660-1750* Andrés Gattinoni logró convertir una tesis doctoral en un libro estimulante y desafiante para los lectores —algo no siempre sencillo— que se convertirá en una referencia ineludible para los interesados en la historia cultural británica de fines de la modernidad.